

**L E C C I O N**  
**DEL DOS DE MAYO**  
**DE 1808**

**MMXXVI**

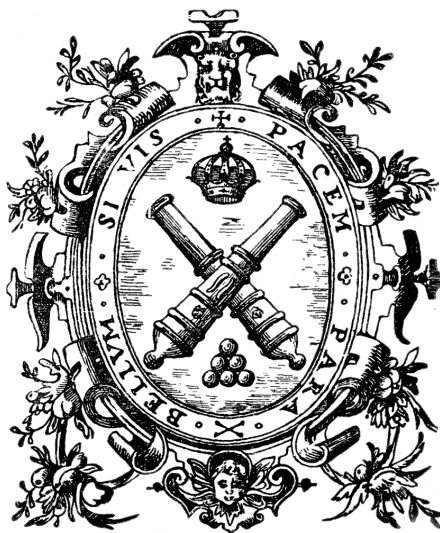


# LECCIÓN DEL DOS DE MAYO DE 1808

ELOGIO DE LOS CAPITANES DON LUIS DAOÍZ Y DON PEDRO  
VELARDE, HÉROES DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA,  
MUERTOS EN EL SERVICIO SUPREMO A LA PATRIA; RELATADO  
POR EL CAPITÁN DEL ARMA:

D. JAVIER COCA GUTIÉRREZ

AÑO



2026

Editado en Segovia, Imprenta de la Academia de Artillería



*“Esta lección del dos de mayo de 2026 fue impartida en el Alcázar de Segovia, por el Capitán Profesor de la Academia de Artillería, Don Javier Coca Gutiérrez, en el acto presidido por el Teniente General Excmo. Sr. D. Enrique Campo Loarte, director general del Instituto Nacional de Técnica Aeroespacial ‘Esteban Terradas’, para conmemorar los sucesos ocurridos en Madrid el dos de mayo de 1808.”*





*Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades, Señoras y Señores  
Oficiales, Caballeros y Damas Alféreces Cadetes, Señoras y  
Señores Suboficiales, Sargentos Alumnos, Caballeros y Damas  
Alumnos, Artilleros, Damas y Caballeros.*



**E**n virtud de lo dispuesto por el Real Decreto de la Regencia de 7 de julio de 1812, y habiendo recibido la orden del Ilustrísimo Señor Coronel Director de la Academia de Artillería, recae en mi persona el honor, y la responsabilidad, de impartir la Lección del Dos de Mayo.

Honor, por poder evocar ante ustedes la memoria de quienes, con su vida, dieron forma al espíritu de nuestro Arma.

Responsabilidad, porque esta lección no pertenece a quien la pronuncia, sino a quienes deben recogerla.

Y es a vosotros, Caballeros y Damas Alféreces Cadetes, y a vosotros, Sargentos Alumnos —que en apenas unas semanas abandonaréis estas aulas para incorporaros a las Unidades—, a quienes va dirigida de manera principal.

Porque lo que hoy recordamos aquí, mañana os será exigido allí.

Fieles a nuestras tradiciones, los artilleros nos reunimos un año más para conmemorar los hechos del Dos de Mayo de 1808.

Pero esta no es, ni debe ser, una simple evocación del pasado.

No nos convoca este acto únicamente para recordar, sino para comprender en profundidad el sentido de lo ocurrido. Porque el Dos de Mayo no constituye solo un episodio histórico, sino un verdadero paradigma del ejercicio del mando en condiciones extremas; el instante en

que los principios que se enseñan — disciplina, deber y honor— dejan de ser conceptos abstractos para convertirse en decisiones irreversibles y de absoluta trascendencia.

Y es precisamente en ese instante, cuando las órdenes son insuficientes, cuando la información es incompleta y cuando el riesgo es absoluto, cuando se revela la verdadera naturaleza del mando.

Por eso esta lección no trata únicamente de lo que hicieron Daoiz y Velarde. Trata de por qué lo hicieron. Y, sobre todo, de si nosotros seríamos capaces de hacerlo.

Antes de relatar los hechos, es de justicia detenernos en quienes los protagonizaron.

Don Luis Daoiz y Torres, sevillano, formado en este Real Colegio de Artillería, era un oficial de amplia experiencia en combate, habiendo participado en la defensa de plazas como Ceuta y Orán,

así como en la campaña del Rosellón, donde sufrió cautiverio. Hombre de carácter sereno, reflexivo y prudente, era respetado por sus compañeros por su juicio equilibrado y su profundo sentido del deber.

Don Pedro Velarde y Santillán, cántabro de Muriedas, destacó desde su ingreso en el Colegio por su brillantez intelectual y su talento técnico, lo que le llevó a ejercer como profesor en esta Academia. De carácter impetuoso y decidido, unía a su preparación científica una firme convicción moral y una clara vocación de servicio.

Dos caracteres distintos. Dos formas de entender el mando. Y, sin embargo, una misma conclusión.

Porque si algo nos enseña el Dos de Mayo es que el liderazgo no nace de un único perfil. No exige un solo carácter. No responde a un molde.

El mando se construye en la conjunción de capacidades distintas, cuando todas ellas se subordinan a un mismo fin.

Daoiz aporta la templanza. Velarde, la determinación.

Y en esa unión —equilibrada, complementaria, firme— es donde la Patria encuentra, en aquel momento crítico, la respuesta que necesitaba.

A comienzos de 1808, España no es una nación derrotada... pero sí es una nación desorientada.

Las tropas francesas, amparadas en el Tratado de Fontainebleau, han penetrado en territorio nacional bajo apariencia de alianza, ocupando progresivamente posiciones estratégicas.

Las instituciones vacilan, el poder político se fragmenta y la cadena de mando se debilita progresivamente,

generando un escenario en el que la incertidumbre sustituye a la dirección y la ambigüedad al orden, hasta el punto de que la realidad sobre el terreno deja de estar alineada con las directrices recibidas.

La familia real ha sido conducida a Bayona. El gobierno carece de capacidad real de decisión. Y en Madrid, decenas de miles de soldados franceses, veteranos de las campañas europeas, ocupan la ciudad.

No hay una declaración formal de guerra. No hay una orden clara de resistencia. No hay un enemigo oficialmente reconocido... pero el enemigo está presente.

Y este, precisamente, es el escenario más peligroso para cualquier militar: El de la ambigüedad.

Porque cuando todo es evidente, decidir es fácil. Pero cuando la amenaza no

se nombra, cuando las órdenes no se ajustan a la realidad, cuando el deber y la disciplina parecen entrar en conflicto... es cuando el mando deja de ser ejecución y pasa a ser juicio.

**E**n la mañana del 2 de mayo, el rumor recorre Madrid: el último miembro de la familia real va a ser trasladado fuera de España. Ante ello, el pueblo acude al Palacio Real. No hay organización, ni hay estructura. Solo hay indignación.

La respuesta francesa es inmediata y brutal. Artillería contra la multitud. Fuego contra civiles. Y es en ese momento cuando la crisis deja de ser política y se convierte en moral.

Los madrileños, sin distinción de condición, se levantan. Las calles se convierten en campo de batalla y la ciudad entra en caos.

Y entonces, el pueblo acude al Parque de Artillería de Monteleón.

Acude al Ejército, como hoy acudiría a vosotros.

Y allí, dentro de esas murallas, se encuentran Daoiz y Velarde con órdenes claras: no intervenir. No enfrentarse a las tropas francesas. Mantener la disciplina.

Pero también con una realidad imposible de ignorar: Un pueblo desarmado está siendo masacrado.

Es aquí donde se produce el punto de inflexión. Aquí nace la verdadera lección del Dos de Mayo. Porque en ese instante, el oficial deja de enfrentarse a un problema táctico... y se enfrenta a un dilema moral.

Obedecer las órdenes recibidas significa no actuar.

No actuar significa permitir la muerte de inocentes.

Actuar significa desobedecer.

Y desobedecer, en aquel contexto, significa asumir la responsabilidad total de las consecuencias.

No hay tiempo para consultar. No hay instrucciones adicionales. No hay cobertura. Solo hay decisión.

Y es en ese punto —y solo en ese punto— donde se mide realmente a un mando.

Ante esa disyuntiva —obedecer o actuar—, Daoiz y Velarde toman una decisión.

No se trata de una decisión impulsiva ni temeraria, sino profundamente consciente, adoptada tras comprender en toda su dimensión las consecuencias que implica y asumiendo, sin reservas, la responsabilidad que de ella se deriva. Daoiz, el oficial prudente, el hombre de disciplina, el que mejor conocía el peso de

las órdenes... decide actuar. Y lo hace no porque ignore la disciplina, sino porque comprende su verdadero sentido. Porque entiende que la disciplina no puede ser un fin en sí misma cuando entra en conflicto con la misión esencial del Ejército: servir a España y a su pueblo. Y es entonces cuando pronuncia la orden que cambia el curso de los acontecimientos:

“¡Las armas al pueblo!”

Con esa decisión, asume todo. Asume la ruptura con la inacción. Asume la responsabilidad sobre quienes van a combatir. Asume, sin duda alguna, la posibilidad de la muerte. Pero, sobre todo, asume el mando.

Las puertas del Parque se abren. Se distribuyen armas, munición, esperanza. Artilleros, infantes y paisanos se organizan con rapidez, sin tiempo, sin planificación detallada, pero con un propósito común. Fuera,

el mejor ejército del mundo. Dentro, un puñado de hombres.

No hay superioridad numérica. No hay ventaja táctica. No hay posibilidad real de victoria. Y, sin embargo, hay algo decisivo:

Hay liderazgo.

**C**uando la primera columna francesa intenta forzar la entrada, los cañones responden. El estruendo rompe el aire. El enemigo retrocede. Los artilleros, lejos de replegarse, avanzan. Sacan las piezas al exterior. Se exponen. Daoiz dirige el fuego desde la primera línea. No desde retaguardia. No desde la seguridad. Desde el lugar donde el riesgo es mayor. Porque hay una verdad que todo mando debe comprender y que vosotros ya conocéis: que el peligro y el sacrificio de la tarea miden la responsabilidad de la misma y que, por ello, debemos ser voluntarios para todo

sacrificio, solicitando y deseando siempre ser empleados en las ocasiones de mayor riesgo y fatiga.

Y en ese lugar, el ejemplo pesa más que cualquier orden.

Las sucesivas oleadas francesas regresan. Más hombres. Más presión. Más violencia. Pero dentro del Parque no hay cabida a la duda. Cada hombre sabe por qué combate. Y cuando eso ocurre, la superioridad material deja de ser determinante.

El combate se prolonga. La munición escasea. Las bajas aumentan. El cerco se estrecha. Velarde cae abatido. Daoiz, herido, continúa. Apoyado en un cañón ya silencioso, sin capacidad de fuego, sin posibilidad de resistencia efectiva... permanece. Podría rendirse. Podría ceder. Podría salvar la vida. Pero no lo hace. Porque la decisión no se toma en el momento de la muerte.

La decisión se toma antes. Y ellos ya habían decidido.

Cuando el enemigo se aproxima, cuando la derrota es inevitable, cuando todo indica el final... Daoiz aún encuentra fuerza para alzar su sable y agredir al general francés cuando este osó cuestionar su honor. No como un gesto desesperado. Sino como un acto de coherencia final. Y cae, pero no vencido; sino fiel.

Fiel a su decisión. Fiel a su deber. Fiel a España.

Y ahora, permitidme que me dirija directamente a vosotros, alumnos: Lo ocurrido en el Parque de Monteleón no es sólo una gesta heroica. Es una lección. Una lección que no pertenece al pasado, sino al ejercicio diario del mando. Y de ella se desprenden enseñanzas que, en apenas unas semanas, os serán exigidas.

## **Primera. La disciplina es un medio, no un fin.**

La disciplina, fundamento esencial de los ejércitos y elemento cohesionador de los mismos, no constituye un fin en sí misma, sino un medio al servicio de una finalidad superior: el cumplimiento de la misión y la defensa de España.

Como recogen nuestras Reales Ordenanzas, la disciplina no puede anteponerse a los valores que dan sentido a la Institución Militar, sino que ha de estar subordinada a ellos. La disciplina sostiene a los ejércitos.

**C**uando la disciplina se convierte en un refugio para no decidir, deja de ser virtud y se convierte en excusa. Daoiz no rompe la disciplina, sino que la eleva, porque la subordina a aquello para lo que existe: el cumplimiento de la misión y la defensa de España.

## **Segunda. El mando exige asumir responsabilidad en ausencia de órdenes suficientes.**

Habrá momentos en los que no tendréis todas las respuestas; momentos en los que las órdenes serán incompletas, ambiguas o insuficientes y, sin embargo, la situación exigirá actuar.

Como ya advirtió el general prusiano Moltke, ningún plan resiste su primer contacto con la realidad del combate, y es precisamente en ese instante cuando el mando deja de ser ejecución para convertirse en responsabilidad.

En ese momento, no decidir también es decidir. Y, normalmente, es la peor de las decisiones.

## **Tercera. La iniciativa es inseparable del mando.**

Velarde no espera, actúa. Busca medios. Reúne hombres. Se presenta

en el Parque. La iniciativa no es desobediencia. Es compromiso. Es la voluntad de intervenir cuando la situación lo exige, incluso cuando el marco no es perfecto.

**Cuarta. El ejemplo es la forma más alta de autoridad.**

Daoiz no ordena desde atrás, sino combate delante. Y en ese gesto, legitima cada acción, cada esfuerzo y cada sacrificio de quienes le siguen. Podréis tener el empleo. Podréis tener la autoridad legal. Pero solo tendréis mando real si vuestros hombres creen en vosotros. Y eso no se impone. Se demuestra.

**Quinta. El sacrificio da sentido al mando.**

Mandar no es ocupar una posición. Es asumir una carga. Es aceptar que, llegado el momento, el riesgo propio forma

parte de la función.

Daoiz y Velarde no mueren porque no tengan alternativa. Mueren porque ya han decidido que hay cosas que no están dispuestos a ceder.

Dentro de muy poco abandonaréis esta Academia. Dejaréis atrás estas aulas, estos patios, estas rutinas y pasaréis a vuestras Unidades. Allí no habrá discursos; habrá decisiones. No habrá tiempo para reflexiones prolongadas. Habrá situaciones que exigirán respuesta inmediata. Y, en algún momento —no sabéis cuándo, ni cómo—, os encontraréis ante vuestro propio Monteleón. No será igual. No tendrá cañones. No tendrá murallas. Pero tendrá incertidumbre. Tendrá presión y, sobre todo, tendrá consecuencias. Y en ese momento, nadie decidirá por vosotros.

Ese día, recordaréis —o no— esta lección. Recordaréis —o no— que antes que

oficiales o suboficiales, sois servidores de España. Y que el mando no se ejerce cuando todo está claro... Sino cuando todo está en duda. Que el ejemplo no se exige...Se ofrece. Y que hay decisiones que definen no solo una carrera, sino una vida.

Daoiz y Velarde no eligieron morir. Eligieron cumplir. Y al hacerlo, trazaron el camino que hoy se os exige continuar.

Porque la Historia de nuestra gloriosa nación no se recuerda para admirarla. Se recuerda para aspirar a estar a su altura.





LAUS DEO

